

I CERTAMEN

3.º Premio • Año 2000

Dentro

Josefina Solano Maldonado

Anoche se me ha perdido
en la arena de la playa
un recuerdo

PEDRO SALINAS

Había pasado una semana fuera de la ciudad, y el correo se había ido acumulando en el vientre metálico del buzón. Busqué la llave y extraje la correspondencia. Mientras subía en el ascensor fui repasando los remites. Una carta me llamó poderosamente la atención, sólo tenía mi nombre y dirección rotulados en azul. No había sido sellada. Alguien la había depositado directamente en el buzón.

Entré en casa y la abrí enseguida. Encontré una foto donde se veía una casa solitaria, situada junto a un mar opaco y levantisco. En el umbral aparecía la imagen borrosa de una mujer, vestida de gris que levantaba la mano como en una despedida. En el reverso la misma letra curvilínea y perfecta del sobre me citaba a las doce de esa misma noche en el club Sors. Era ella quien firmaba el mensaje, era Esperanza que se había quedado atrás, en un tiempo lejano, en el tiempo fugaz en que había aprendido a amarla, en los minutos eternos de la noche en que la vi marchar de mi lado sin decirme por qué lo hacía.

Me fijé de nuevo en la mujer de la foto y supe reconocerla en aquel inconfundible pose de musa desterrada que solía adoptar en las despedidas. Los rasgos de su cara eran imprecisos, la neblina que envolvía el retrato me impedía dilucidar de qué manera habían actuado los años sobre ella.

Durante los primeros meses de ausencia la imaginé pletórica, deslumbrante de vitalidad y juventud, compartiendo sus infinitos sueños de niña con otro hombre que le estrecharía la mano, que le susurraría al oído, que le acariciaría el pelo, y la piel, y el alma sin que ella opusiera la menor resistencia. Poco a poco, con el paso del tiempo, las facciones de aquella mujer empezaron a amarillear en mi recuerdo, a ponerse tristes, a consumirse como yo, devoradas por la melancolía, su cara se volvió confusa y fragmentaria como retazos de un sueño. En mi memoria sólo había quedado grabada la hechura de su cuerpo, la foto mostraba el grácil movimiento de antaño sin que nada hubiera podido transformarlo.

Quedaban las noches: estrellas, lunas, soledad... la soledad a la que una mujer me había condenado para siempre. Al contemplar las luces de la ciudad, ojos rutilantes y venturosos de otras vidas, me sentía aún más desdichado. Nunca había podido amar a otra mujer de la misma manera que había amado a Esperanza.

Desde que ella se fue nadie había sentido necesidad de mí, a nadie le importaba si mi puerta estaba abierta o cerrada, nadie se había acercado para sacarme de aquellas terribles noches de aislamiento y soledad en que me sentía separado del mundo, en que salía a deambular por la ciudad para cansarme, para que el sueño, refugio del olvido, llegara cuanto antes. Me atemorizaba el insomnio.

Volví a mirar la foto: la casa junto al mar encrespado, la silueta gris apoyada en el umbral.

Volví a leer el mensaje: Te espero a las doce en el

club Sors.

Volví a estudiar la firma: Esperanza.

Faltaban dos horas para el encuentro. Me di una ducha y distraje el tiempo seleccionando corbatas, intentando recordar su rostro, preguntándome por qué había decidido regresar, por qué se había decidido a buscarme.

A las once y media salí a la calle. Fui caminando hasta el club. El aire de enero cortaba como una navaja. Los charcos de la última lluvia, tintados con la grasa cerúlea de la gasolina, inundaban el asfalto de la calle. En el parque yacían desmoronados los castillos de arena que los niños habían levantado la soleada mañana del domingo, en el agua de las fuentes flotaban colillas y jirones de periódicos. En las populosas vías brillaban los neones; atravesaba calles desiertas, huérfanas de todo ornamento. Se cerraban las rejas de los cines sobre los pisos bajos de los vestíbulos, espolvoreados de tickets rotos. Estaba como enfermo, desorientado en una ciudad conocida. El recuerdo de la foto me produjo una repentina agitación, era ella a la que yo estaba persiguiendo ahora, la única persona que deseaba tener a mi lado en aquella noche fría y neblinosa.

Llegué al club Sors a las doce en punto. En el escenario tocaba un músico de jazz. En el fondo, escudados en el humo de los cigarrillos y en las panzudas copas de coñac, tres hombres charlaban, apoyados en la barra. En el centro del local había una mujer de espaldas a la puerta. Me dirigí hacia su mesa y me encontré de nuevo frente a Esperanza. Al contemplar su cara terminé de perderme en el tiempo y

en el delirio de la memoria. Vi sus ojos oscuros que brillaban intensamente, su cálida sonrisa, su frágil garganta, el suave contorno de los pechos dibujados bajo el jersey gris. Muy pálida, con el pelo humedecido como la última vez que nos vimos, comprobé que no había sido maltratada por el tiempo. Después de diez años aparecía salvada, hermosa, inmune. Sin duda había decidido quedarse en la cueva de Platón para seguir confundiendo la realidad, y hacer de la sombra del pasado un eterno presente. Sólo yo había decidido salir de mi cueva, y ya sabía lo que ella aún ignoraba: que las sombras son sombras y que fuera era de día. Solamente si volvía al interior, a la oscuridad anacrónica donde ella se había quedado podría contarme historias para cerciorarme de que todavía seguía amándola, para inventarme esa felicidad sin nombre que tantas veces había soñado y que nadie había podido ofrecerme.

Acaricié sus manos frías, el helor parecía salirse de detrás de la piel. En sus ojos cayó un silencio extraño, sombrío cuando le toqué las mejillas, cuando hundí mis dedos en su pelo húmedo que olía a salitre. Su tacto me trajo a los oídos el murmullo del mar, el rumor sibilante y hueco de las olas rompiendo cerca de aquella casa que parecía situada en el bordel del mundo. El pánico comenzó a dominarnos. Esperanza trató de controlarlo cubriéndose los ojos con la mano, como si quisiera huir de algún mal recuerdo. Cuando levantó la mirada directamente hacia mí su expresión era distinta de todas las que había visto hasta entonces: no revelaba más que una extenuación inerte, vacía. El mar seguía resonando en mis oídos. El olor a algas y salitre era cada vez más intenso. Bajé la cabeza hacia mi mano ahuecada y encendí un cigarrillo.

Cuando alcé los ojos la vi correr precipitadamente hacia la puerta. Huía otra vez sin decirme por qué lo hacía, escapaba de nuevo a la mentira de la cueva. Se lanzaba de nuevo a la noche, se lanzaba al mar para que las olas la arrastraran dentro, dentro de sí misma, dentro de su miedo, dentro del olvido, dentro del recuerdo, dentro del tiempo, dentro de los sueños.

Ella volvió.

“Te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte hasta más allá de esta vida” le dije mientras acariciaba su pelo humedecido, su rostro inerte de ahogada, sus frías manos de muerta.

“Te amaré siempre” le dije mientras miraba una foto donde se veía una casa solitaria, situada junto a un mar opaco y levantisco, mientras intentaba imaginar en el umbral vacío la imagen borrosa de una mujer, vestida de gris, que levantaba la mano como en una despedida.

BRUNO GRASS (Seudónimo)